



REVISTA SEMANAL.

Se publican cuatro números mensuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 1.º—NÚMERO 2.º

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

El respeto y la humildad, por D^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**¡Solo un Dios y solo un culto!** por id.—**Á Cervantes**, por id.—**Una herencia de llanto**, por id.—**Seccion para los niños: Ángel y Mártir**, por id.—**Variedades**.

EL RESPETO Y LA HUMILDAD.

Me pides, querida Elisa, algunos consejos para arreglar por ellos tu conducta, hoy que al dejar el florido valle de la infancia, donde todo es frescura, descuido, alegría y luz vas; á entrar en la senda de la juventud, donde hay al par que rosas algunas espinas, y sobre todo muchos deberes que cumplir, y muchos escollos que salvar.

Yo sé muy poco del mundo, amiga mia, y por consiguiente, muy poco ó nada podré decirte con respecto á la sociedad; además, ya te he repetido que no poseo ciencia ni estudio alguno, y mal puede la pobre violeta, perdida entre la inculta yerba, alzar sus perfumes á la altura de un alma tan pura y tan inmaculada como la tuya.

Sin embargo, tú lo deseas, y aunque con harto temor y vacilando á pesar mio, voy á indicarte algunas de las cualidades mas bellas que deben

adornar á una jóven, segun mi modesta y humilde opinion.

¡Humilde! hé aquí una palabra que involuntariamente ha brotado de mi pluma, y que creo tan hermosa, que voy á hacer de ella una galana flor para ceñir tu frente.

Desgraciadamente en nuestra sociedad, soberbia y engreida con su moderna civilizacion, la palabra humildad tiene poco sentido, y mas que todo, muy rara vez puede aplicarse á nuestras acciones, ya públicas, ya privadas; en el ancho teatro del mundo, ó en el apartado santuario del hogar doméstico.

El humilde respeta necesariamente á cuanto hay digno y noble y grande entre aquello que le rodea; respeta las creencias, respeta el poder, respeta la ley, y respetándose á sí mismo, no comete accion ninguna que le envilezca ó le degrade. Pero ¡ay! Elisa, que el respeto no existe en parte alguna, y el hombre, enloquecido por un orgullo sin medida, empezó por despreciar á sus semejantes, y hollando paso á paso las grandezas y las superioridades humanas, llegó en su delirio á despreciar su religion y á despreciar hasta su Dios.

¡Oh! cuánto y cuánto influye, por desgracia,

en nuestra pobre sociedad esa falta lamentable!

La educacion moderna se resiente, Elisa mia, de este espíritu altivo, soberbio é independiente, que domina á la humanidad.

La niña aprende hoy, aun en los brazos de su madre, á tratarla de igual á igual; á manifestar resueltamente su opinion, y á tomar parte en todas las cuestiones, aunque estas sean muy superiores á sus conocimientos y á su edad.

La jóven, salida apenas de la infancia, obra, piensa y dispone por sí, y sin consultar á veces á los autores de sus dias, que podian alumbrar su camino con la doble antorcha del amor y de la experiencia, decide de su porvenir, fija su suerte, lanzándose quizá en un abismo sin fondo, á cuyo fin está la desgracia; á cuyo fin está la muerte.

Yo misma.... tú tambien, conoces á una desventurada víctima de este error, ¡á la infeliz Margarita!

Era esposa, era madre.... su hija estuvo en la niñez ligada á nosotras por los dulcísimos lazos de los afectos de la infancia; pero era hija á su vez y ¡ay! por su mal una hija, poco digna de este santo nombre.

La anciana á quien debia la vida, estaba enferma, débil, impedida, y las dolencias y los años habian envuelto en las tinieblas su razon, antes tan clara y tan brillante.

Mil veces de sus labios pálidos y temblorosos se escapaban palabras inconexas y vacías de sentido, que lejos de conmover y contristar á su hija, la hacian impacientarse, ó provocaban en ella una odiosa burla.

Valentina, la niña inocente, nieta de la pobre anciana, era testigo de aquellas escenas en que una hija se mofaba de su madre, ¡en que una madre era apostrofada y maltratada por su hija!

¿Qué extraño fué, pues, que aquella tierna criatura, á quien no enseñaron á respetar en su abuela, ni la corona de la maternidad que ceñia su frente, ni la de la vejez que blanqueaba sus cabellos, ni la de la desgracia que oprimia sus sienes; aprendiera á su vez á despreciar y á tener en poco á la que le habia dado la vida?

Mil veces cuando la anciana gritaba exigiendo algunos cuidados, imponiendo algunos mandatos, Valentina asustada queria correr á su lado para consolarla y obedecerla; pero Margarita, la hija sin corazon, decia á la niña, separándola de su abuela:

—Déjala que grite! no hagas caso de sus palabras.

Y Valentina miraba á su madre, y la escuchaba atentamente, y se alejaba de la enferma! pero ¡ay Elisa! que al separarse de aquel lecho

caia roto, giron tras giron, el respeto y el amor filial en el alma de aquella niña!

Pasó mucho tiempo, mucho tiempo!

Y la nieve de los años tornó de plata los cabellos de Margarita.

Su frente se llenó de arrugas y su palabra se hizo tarda y sus pasos inseguros.

Entonces llamó á su hija, queriendo hacer de ella el apoyo de su vejez.

Pero una voz opaca repetia como un eco al oido de Valentina:

—¡Déjala que grite! ¡no hagas caso de sus palabras!

Y Valentina, que era ya una hermosa y arrogante jóven, se separaba de su madre con la sonrisa en los labios y el desden en el corazon.

¡Oh! la Providencia es muy justa! y las faltas que cometemos con los padres jamás se quedan sin castigo.

Llegó un dia en que Valentina halló estrecha su morada, en que divisó á lo lejos galas, placeres y riquezas, y quiso correr en busca de ellas.

Su madre se aterró por su porvenir. Quiso impedirle que se precipitase en aquel abismo y empleó el ruego, la amenaza, el mandato.... pero Valentina desoyó aquel ruego, se mofó de aquella amenaza y despreció aquel mandato.

¿Cómo habia de obedecer si no la habian enseñado á respetar? ¿Cómo habia de temer si no la habian inculcado ningun principio de autoridad? ¿Cómo habia de escuchar las súplicas de aquella madre si su voz resonaba aun en el corazon de la desdichada jóven, repitiendo sin cesar:

—Déjala que grite! ¡no hagas caso de sus palabras!

Un dia el hogar de Margarita amaneció desierto.

Su hija la habia abandonado.

La infeliz se mesó los cabellos, lloró lágrimas de sangre; pero al ir á lamentarse de aquella horrible ingratitud, el acento de la conciencia se alzó severo en su alma.

Pensó en su madre y se estremeció aterrada; recordó el pasado y comprendió cuán amargo era el fruto de la semilla que habia sembrado.

Entonces la queja huyó de su alma para dejar paso al remordimiento, y el llanto, al secarse en sus ardientes pupilas, cayó lentamente en su corazon como gotas de plomo derretido.

Inmóvil, yerta, silenciosa, permaneció horas tras horas en su angustiosa soledad, hasta que al fin, sin poder resistir el peso de su infortunio, de su arrepentimiento y su pesar, cayó presa de una enfermedad mortal que la condujo en breve á las puertas de otro mundo, donde se conocen los errores y se lamentan las culpas que comete-

mos en esta vida de un día.

Dios allí, sin duda, tendría piedad de ella por que su expiación fué muy cruel.

En cuanto á Valentina.... ¿qué sabré yo decirte, Elisa mia?

¿Pueden, por ventura, ser felices las hijas que ni respetan ni temen, ni acatan á sus padres? ¿Pueden serlo las jóvenes soberbias y orgullosas que olvidan la modestia, la obediencia, la sumisión y la humildad? No, Elisa, no; mil veces no! Yo así lo juzgo, yo así lo creo!

Huye pues, huye con toda tu alma de este defecto, de esta culpa. Yo al suplicártelo no me inspiro en las fuentes de la sabiduría moderna, sino en un sencillo criterio recto y cristiano.

Las hijas humildes, sumisas, sujetas á sus padres, jamás sentirán que su pié resbala en el camino de la vida, porque las guía la sacrosanta mano de Dios.

Ama y venera á los tuyos que son sus representantes en la tierra. Honra al anciano, peregrino próximo á llegar al término de su jornada. Atiende al mendigo, imagen de Jesús en este mundo. Respeta á los ministros del altar, respeta el templo, respeta á Dios!

Y mañana si tienes hijos, repíteles las palabras que yo te digo hoy! que no se avergüencen de ser creyentes, de ser sumisos, de ser temerosos de Jesucrito! Que no se avergüencen de descubrirse en señal de acatamiento y veneración, cuando la voz de la campana les anuncia que el Ángel del Señor espera de rodillas nuestra oración para llevarla entre sus alas á la Reina bendita del cielo.

Así lo hacían nuestros padres honrándose de ser cristianos!

Que no se avergüencen de inclinarse ante el ministro del Señor, besando públicamente su diestra en señal de homenaje al Dios á quien representa.

¡Hoy no hay humildad porque no hay respeto, y no hay ya respeto porque no hay fé.

Consérvala tú, Elisa mia, consérvala tú, y si sigues mi amante consejo, al trasmitirla á tus hijos un día, serás madre venturosa, como eres hoy hija modelo.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuación.)

Las doce acababan de dar en algunos relojes de la coronada villa.

La noche estaba fría y lluviosa, lo que si en el centro de la población no aminoraba la animación y el ruido, hacía que en los barrios retirados todo estuviese solitario y silencioso.

La calle de San Eugenio participaba de esa quietud y ese reposo que preside las horas del sueño.

Solo en una de las ventanas del piso segundo de la casa marcada con el núm. 10, se veía brillar aun una débil claridad á través de la blanca cortina.

Si un observador curioso hubiese podido penetrar con la mirada aquella ligera muselina, hubiera visto una pequeña estancia adornada con modesta sencillez, pero con un gusto esquisito.

En el centro de aquella habitación se alzaba un pequeño lecho rodeado de colgaduras blancas y protegido por la imagen de la purísima María, cuya casta boca parecía sonreír, y cuya dulcísima mirada iluminaba aquel reducido espacio.

Algunas sillas de tapicería celeste y blanca, una lindísima mesa de tocador, en la que se ostentaban dos vasos de china llenos de flores naturales, y un pequeño velador sobre el cual ardía un quinqué de porcelana azul, completaban el mueblaje de aquella estancia, perfumada y tranquila como los ensueños de un ángel.

Una joven, muy joven, casi una niña, se encontraba en aquel instante sola en la habitación.

Estaba envuelta en un peinador de batista menos blanca que su purísima frente, y menos diáfana que la mirada de sus azules ojos, de los que lentas y silenciosas se escapaban algunas lágrimas.

La luz del quinqué daba de lleno en su rostro, y merced á esta claridad podía notarse que sus facciones estaban alteradas y sus mejillas pálidas como la hoja de la azucena.

Se dejó caer en una silla con aire abatido y preocupado, y enjugó con una mano sus ojos mientras que con la otra oprimía un pequeño paquete de papeles sujeto con una cinta negra.

Pasaron algunos instantes y la joven acercándose al velador, los colocó en él, y se dispuso á desatar el lazo que les sujetaba.

Algunas cuartillas de papel escritas con letra clara y menuda, que rebelaban á primera vista la mano de una mujer, cayeron sobre la mesa y fijaron la atención de la niña que suspiró profundamente, al ver entre aquellos papeles una carta cerrada, en cuyo sobre se leían escritas con caracteres más gruesos estas solas palabras. «Para mi hija Elena cuando haya cumplido ya los quince años...»



HEMEROTECA

Ayuntamiento de Madrid

MADRID

La joven buscó la firma de aquella carta y la llevó á sus labios con infinito amor y con profunda amargura.

Aquella firma decia solamente «Consuelo».

—Madre de mi alma! exclamó la niña entre sollozos, mirando aquel dulce nombre. Madre de mi alma!

É inclinando la frente sobre el pecho lloró largo rato sin cuidarse de enjugar sus lágrimas.

Cuando pasó algun tiempo,

—Es preciso saberlo todo! murmuró: es preciso saberlo todo y conocer al fin el pasado de mi pobre madre: de mi madre que quizá me mira en este instante desde el cielo: oh! si ella viviese! si ella viviese yo le contaría mis pesares y mis temores; yo derramaria en su seno mis lágrimas encontrando en su amor refugio y consuelo; pero ¡ay de mí! solo me queda de ella un vago recuerdo, un recuerdo de llanto, y estas líneas trazadas por su mano cuando presentia su muerte quizá! Leamos, leamos esta carta, y despues estas páginas que encierran acaso la postrera voluntad de una moribunda ó una historia empapada en lágrimas; leamos.

La joven enjugó sus ojos velados por el llanto y empezó á leer lentamente aquella carta que decia así:

«Hija mia, mi inocente y casta Elena: ángel de mi vida; única luz que alumbra aun pura y serena la noche de mi existencia: para tí que eres el solo puerto en que mi espíritu reposaba, para tí son estos renglones último gemido de mi corazón desgarrado, último ¡ay! de mi alma que siente rotas las ligaduras que la sujetaban á este mundo.

«Sí, hija mia, yo me siento morir! que triste es este convencimiento á los veinte y ocho años! pero ¡ay! yo he sido muy desgraciada, y la muerte para los que sufren, es una madre que nos aduerme en sus brazos, borrando del libro de la existencia nuestras horas de agonía.

«Oh! si yo te dejase sola en el mundo, si con los ojos de mi corazón no leyese para tí un porvenir de amargura, bendeciría este momento en que mis penas tocan á su término, y en que mi alma libre de las miserias y debilidades de la vida va á volver hasta su Dios!

«¡Dios! único amor que no muere, único bien que no termina nunca, única luz que alumbra nuestros pasos á través de la sombría noche de la tumba.

«Oh! hija mia, hija mia; no desoigas los postreros consejos de una madre, el último ruego de una moribunda, ¡no olvides jamás las primeras oraciones que aprendiste de mi labio al balbucear tus primeras palabras! no olvides jamás

que ese Dios á quien te enseñé á bendecir es único, solo, invariable; y que el culto que le debemos, la adoracion que estamos obligados á tributarle, ha de ser una misma, como unos mismos son los preceptes de su ley.

«Recuerda siempre que en el hogar doméstico, templo de la familia, santuario de los castos amores, no puede existir mas que una creencia, un culto, un solo Dios!

«Los seres unidos, no solo por los afectos del corazón, sino por los lazos del espíritu, por las aspiraciones del alma, vivirán siempre felices, siempre ligados y caminando á un mismo fin; pero ¡ay! de aquellas almas que tienen que apagar el eco de sus plegarias, cuando sus plegarias quieren subir al cielo! ¡ay! de aquellos corazones que necesitan ocultar su llanto, cuando su llanto anhela correr al pie del árbol de la cruz!

«Elena, Elena mia, huye siempre de este infortunio! huye de esta desgracia, desgracia que ha causado la de tu madre, y por ese Dios de amor á quien te enseñé á bendecir, cuando termines la lectura de estas líneas que encierran el secreto de una culpa harto llorada, de un crimen impune y desconocido, pero al que el cielo impondrá un castigo, no maldigas al culpable; no le aborrezcas, hija mia, antes bien bendícele y ruega por él, por que ese es tu deber... el deber mas sagrado de un hijo!

«A Dios pues, Elena mia, á Dios flor que perfuma mis horas de agonía y que derramarás el rocío de tu llanto sobre mi olvidado sepulcro. Sé siempre pura y creyente, sé animosa para el bien y no retrocedas ante tu deber, ni desoigas la voz de tu pobre madre que te dice que ames y perdones, que esperes y confies, y que no te apartes jamás del camino de la virtud ni del ardiente amor de tu Dios.

Consuelo.»

Cuando Elena acabó la lectura de aquella carta, sus mejillas estaban encendidas y sus ojos llenos de lágrimas.

Estrechó mil veces contra su corazón aquellos benditos renglones y de su trémulo lábio brotó una ferviente súplica que llegó hasta el trono del Eterno implorándole por su madre.

Cuando pasó algun tiempo se dispuso á examinar aquellas cuartillas de papel, diario en que su madre habia ido estampando los sucesos de su vida.

Elena tembló á su pesar de descifrar aquel misterio.

Consuelo habia estampado la palabra crimen en su carta, y esta palabra la estremecia, haciéndole recordar la repentina y estraña muerte de su madre.

Repasó en aquel instante sus recuerdos de niña, y por primera vez pensó que mil veces había oído á Consuelo pronunciar un nombre mezclado á sus oraciones: este nombre no lo recordaba por más que le evocaba en su memoria.

¿Sería quizá el de su padre?

¿Sería este responsable de la desgracia y de la muerte de su madre?

Ésta, ¿había bajado al sepulcro en la flor de su juventud, pobre, ignorada, mezclada con las infelices que mueren en la sala de un hospital, presa de una enfermedad casual, ó víctima de un suceso misterioso que nadie había podido describir?

Todas estas preguntas acudieron en tropel á la mente de la niña, y creyendo que á todas hallaría respuesta en aquellos papeles, no podía decidirse á fijar en ellas sus miradas, presa de una terrible y funesta sospecha.

En aquellas líneas estaba el secreto del pasado, la esperanza del porvenir: en aquellas líneas estaba escrito quizá el nombre de su padre: ¡ay de ella si al encontrar este nombre le hallaba escrito con sangre!

(Continuará).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

A CERVANTES.

Sol de la humanidad, sol esplendente es solo el genio en su seguro paso: del cielo emanación, puro y ardiente ni tiene fin, ni límite, ni ocaso, brillando eterno en su sereno oriente.

Los orbes son su patria: de su historia página fiel la inmensidad entera: y aun vive tras la muerte su memoria que de otro mundo en la inmortal ribera se alza inmarcible su laurel de gloria!

Sol fuiste de mi España, de la altiva nación, en brillo y esplendor fecunda: la que en ciencias é ingenios sin segunda, la fama ante sus pies ligó cautiva porque la luz de Dios su suelo inunda!

Sol fuiste de mi España: y en mi ardiente admiración y en mi entusiasta anhelo, solo puedo ante tí doblar mi frente: como la pobre tórtola doliente del águila caudal medirá el vuelo!

Mas ¡ay! que si del genio no me es dado cantar la gloria ni aumentar la palma, débil mujer, leyendo en tu pasado, del corazón herido y desgarrado aun el llanto partir, puede mi alma.

¡Oh! cuánto y cuánto padecer debiste

con la ignorancia de tu siglo en guerra: pobre, olvidado, escarnecido y triste ni un sepulcro siquiera le debiste donde ocultar tus duelos de la tierra.

Y en tu intensa aflicción; en ese anhelo que el infortunio de tu suerte abona, una idea no mas calmó tu duelo: ¡si el mundo te negaba una corona, quedaba otra mas grande: la del cielo!

Ella ciñe tu sien! el genio ardiente allí gigante y puro se levanta: allí su patria está! libre y potente otro sol, otras auras, otro ambiente y otras grandezas infinitas canta!

Allí vives, allí, de luz ceñida la noble frente do el saber humano inmenso y sin rival tuvo cabida, y en su afán de aprender, de esa otra vida fué á descifrar el insondable arcano.

Allí mi ofrenda vá! casta y bendita se enlaza al pie de tu celeste palma, que la plegaria tímida é infinita, que aun en la tierra desterrada el alma, envía al alma que en el cielo habita.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

NOVELA ORIGINAL.

El desconocido penetró en una estancia adornada con suma sencillez, pero con un gusto exquisito.

Nada faltaba en ella de cuanto pudiera hacer agradable y cómoda la vida; pero tampoco nada se notaba allí que denunciase el fausto, la ostentación y el lujo.

Uno de los testers estaba ocupado por una ancha chimenea, donde ardían algunos troncos en aquel instante, alegrando con su llama y templando con su calor aquella extensa habitación.

Un anciano de cabellos blancos, de frente venerable y de un aspecto bondadoso y cortés, lleno de vigor y de fuerza todavía, aguardaba en el dintel de la puerta al viajero, que acababa de pedirle hospitalidad.

Cuando éste se presentó, le alargó la mano con un ademán lleno de noble cordialidad, diciéndole con benevolencia:

—Bien venido seas á honrar esta casa, cuyos moradores tienen por dicha el poder ofreceros abrigo.

El joven se quitó el sombrero de anchas alas, y correspondió á aquel saludo con frases llenas de finura y gratitud, pero con acento tembloroso y un tanto indeciso, tocando apenas la mano que se le tendía.

El anciano adelantó algunos pasos, y acercándose al hogar,

—María, dijo dirigiéndose á una señora de alguna edad, que ocupaba un ancho sillón junto á la

lumbre; María, este joven acaba de llegar á nuestras puertas, y como sé la bondad de tu corazón, tengo el gusto de presentártelo para que le des la bienvenida.

La dama alargó su mano respondiendo con prontitud:

—Perdonad, caballero, si no puedo haceros los honores de esta casa como yo deseara; pero Dios, al privarme de la vista, me ha sujetado en este sillón, del cual no puedo moverme sin el auxilio de mi hija, de mi Adriana, á quien veis aquí junto á mí; pero ella me reemplazará en los cuidados que os debemos.

El desconocido alzó los ojos y los fijó en una joven, en una niña casi, que estaba al lado de la anciana ciega, en una actitud modesta y ruborosa.

Aquella niña era la misma que pocos momentos antes miraba con afán por la ventana, esperando el regreso de su padre D. Diego Lopez de Avendaño, rico y noble propietario, y señor de las inmensas tierras que rodeaban á la aldea.

Cuando el huésped fijó en ella su mirada, cuando la niña alzó hasta él sus dulces y purísimos ojos azules, las mejillas de Adriana se tiñeron de un vivo carmin, mientras el semblante del joven se tornaba pálido, y sus labios, blancos como el papel, temblaron sin poder articular una frase.

Aquella emocion tan profunda en ambos, pasó enteramente desapercibida para las otras dos personas que estaban en la habitación: tan rápida y comprimida fué por los que acababan de experimentarla.

Pasados los primeros cumplidos,

—Adriana, exclamó D. Diego: nuestro huésped debe estar cansado y necesitar de cena y lecho; vé, hija mía, á dar las órdenes necesarias para que pueda tener ambas cosas.

La niña nada respondió.

Dejó su asiento y saludando con una graciosa sonrisa, se dispuso á salir para cumplir el mandato de su padre.

Al cruzar junto al viajero, fuese casualidad, fuese descuido, Adriana dejó caer su pañuelo que el joven se apresuró á recoger.

Cuando se acercó para entregárselo sus manos se tocaron, y aquellas dos manos temblaban.

—Gracias, Armando, murmuró ella tan bajo que él solo la pudo oír; gracias!

—Oh! exclamó él en el mismo tono; ¡qué fatalidad nos une aquí!

Adriana desapareció sin entender estas palabras; tal era la rapidéz con que habia salido de la sala.

Armando, á invitacion de D. Diego, ocupó un sitio junto á la lumbre.

El anciano sereno y gozoso, como el hombre á quien Dios concede, además de los dones de la fortuna, el don mas apreciable aun, de una conciencia tranquila, trató con mil atenciones al joven que, segun él, la casualidad traía bajo su techo, animando por un momento la monotonía de aquella soledad.

Se habló del tiempo, de los azares y peligros de un largo viaje, de la caza, de esas mil cosas insignificantes ó frívolas que se buscan para seguir una conversacion entre personas que se ven por la primera vez.

Llegó un momento en que el joven se vió precisado á decir su nombre y á explicar de algun modo el objeto de su viaje.

Entonces, y vacilando como el que no está cierto de lo que debe decir, manifestó llamarse Armando de Lara, y que se trasladaba desde la corte al reino de Aragon para algunos asuntos de familia.

Si un observador hubiera fijado su atencion en aquel hombre, cuando decia estas últimas palabras, hubiera notado que el color de la vergüenza teñía sus mejillas, y que sus labios vacilaban al pronunciarlas, como el que despreciando la mentira, se vé obligado á usarla por primera vez.

Acaso D. Diego hubiese notado su turbacion y su embarazo, si un criado que apareció en la puerta de la estancia, no hubiese anunciado que la cena esperaba en el comedor.

—¿Ha venido el señorito Rafael? preguntó el anciano á su servidor.

—Sí señor, respondió éste.

—¡Gracias á Dios! exclamó D.^a María con una expresion de profundo júbilo.

—¿Cenará con nosotros? añadió D. Diego interrogando nuevamente al criado.

—No sé; pero creo que debe haberlo hecho en la hacienda de los Enebro, segun me ha dicho Pablo que le acompañaba.

—Vaya V. á decirle que tenemos un huésped, y que deseo nos acompañe.

El servidor desapareció.

—Tendré el honor de presentaros á mi hijo, caballero, dijo el anciano con íntima satisfaccion; es un joven noble, franco y valiente que os tenderá su mano con entera lealtad; él y su hermana son nuestra felicidad, porque Dios ha querido concederme un bien inapreciable sobre la tierra: una esposa modelo y unos buenos y cariñosos hijos. ¡Oh! el amor de la familia vale mucho, amigo mio, ¿no es verdad que vale mucho?

Una nube oscureció la frente de Armando, que contestó con voz sombría:

—Yo soy solo en el mundo, caballero, y estoy condenado acaso á no tener nunca ni hogar ni familia.

(Continuara).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

FLORES DEL CIELO.

ÁNGEL Y MÁRTIR.

(CONTINUACION).

Muy pocos instantes llevaban de rápida huida las tres mujeres, cuando la dama, cediendo al cansancio y al terror que la dominaba, sintió que sus rodillas se doblaban y que sus hermosos ojos perdian la luz, paralizado el movimiento de su corazón por una congoja mortal.

Jería, la mas antigua de sus servidoras, que amaba á su señora como á una hija, se precipitó

hacia ella, y reclinándola sobre la yerba apoyó sobre sus rodillas aquella frente, mas bella aun en su misma palidez.

—Áurea, dijo á su compañera; oigo cerca de aqui el murmullo de un arroyo, vé y empapa en él este lienzo para humedecer las sienas de nuestra noble señora, pues ha perdido el sentido completamente.

Áurea obedeció, alejándose un instante, guiada por el eco suave de un cercano manantial que corría puro y apacible entre el silencio de la noche.

Un segundo despues volvía junto á su compañera que la esperaba con ansiedad.

Jéria aplicó el lienzo húmedo á la frente de la jóven, que yacia en el suelo inmóvil y sin sentido.

Pero el desmayo era tan profundo, que aquel contacto frio y desagradable, no la hizo sensacion alguna.

—Dios mio! exclamó Jéria; Dios mio, no vuelve en sí, y vamos á perder mucho tiempo cuando acaso un minuto sea la muerte.

—¡Oh! ¿no escuchas? preguntó Áurea alarmada; ¿no escuchas pisadas lejanas y ruido de arneses?

—Creo que sí, respondió su compañera participando de su sobresalto.

—Si llegasen ahora...!

—Si nos encontrasen aquí...!

—Acaso tendríamos que participar de la suerte que aguarda á nuestra señora, murmuró Áurea con creciente expresion de terror.

—No, murmuró Jéria, que queria aparecer mas tranquila, no; á quien persiguen es solo á Julita, á nuestra buena ama; pero de ningun modo á nosotras que somos unas pobres siervas en quien nadie se fija, y cuyo nombre es tan oscuro que de ninguno llama la atencion.

—Es que...

—Ella es rica, noble, y los jueces esperan una parte de sus bienes si la llegan á sentenciar; por eso demuestran doble empeño en perseguirla y en que no se escape de sus manos.

—¡Pobre señora! tan buena, tan compasiva, tan indulgente para nosotras!

En aquel instante Julita, como la acababan de nombrar sus criadas, hizo un pequeño movimiento y exaló un levísimo suspiro.

Pero al mismo tiempo el niño, que se habia despertado, empezó á llamar con angustiada voz á su madre, asustado al hallarse enmedio de los campos sin el abrigo de su lecho y sin el asilo de su palacio.

—Calla, calla por Dios, Quirico, exclamó Jéria acariciando al inocente niño; calla, ángel mio, tu madre duerme y no la debes despertar.

Pero la pobre criatura que no podia comprender cuanto le rodeaba, siguió en su desconsolado llanto, sin que las servidoras de Julita tuviesen poder para acallarlo.

¡Ay! es que una madre tan solo sabe hallar dulces palabras y amantes caricias para calmar los pueriles pesares del hijo de sus entrañas.

Y el niño siguió llorando, pero por desgracia sus sollozos y sus gemidos, repitiéndose en el espacio por los ecos de la noche, llegaron lejos, muy lejos, á los oidos de los soldados romanós,

que traian el encargo de perseguir á una jóven noble y hermosa, con un niño de pocos años.

No era necesario mas para descubrir las huellas de la desgraciada fugitiva!

Media docena de centuriones, con su jefe á la cabeza, se adelantaron por aquella soledad, guiados por el eco de la voz empapada en lágrimas de Quirico.

Y su madre no volvía en sí; no podia huir de nuevo para salvarse y para salvarlo.

¿Quién sabe! ¡oh! ¿quién sabe si los justos querian ya recibir entre su número una nueva mártir, si los ángeles querian ya ver entre ellos á aquel tierno y bellissimo niño á quien destinaban un alto lugar?

¿Quién sabe, ¡oh! quién sabe si Dios mismo queria ya poner la palma en manos de aquella madre atribulada y fugitiva?

Jéria y Áurea se estremecieron.

Muy cerca de ellas se oía ya el acento de los que venian persiguiéndolas.

Sus palabras claras y distintas llegaban ya á los oidos de las dos aterradas mujeres.

Los pálidos rayos de la blanca luna se reflejaban ya muy cerca sobre los cascos y las lanzas.

El sentimiento del terror, el instinto de la propia conservacion, se dejó sentir á la par en el corazon de aquellas dos mujeres.

Cruzaron entre ambas una rápida mirada, y ligeras como el pensamiento se levantaron las dos, dejando á Julita y á su hijo abandonados.

—¡Huyamos! murmuraron muy bajo; huyamos, ya están ahí! y prestándolas el temor alas, se alejaron de aquel sitio yendo á ocultarse entre la maleza, seguras de que en hallando á su señora no las irian á buscar.

Ya era tiempo de que se alejaran si querian librarse de ser encontradas con Julita, pues los soldados de Domiciano, gobernador entonces de Iconia, se acercaban rápidamente, estaban ya junto á ella, y rodeaban á la pobre madre á quien el llanto de su hijo acababa de descubrir.

Julita, como hemos dicho antes, habia empezado á volver en sí.

Sus labios se movieron para dejar paso á un ¡ay! doliente, y sus ojos se abrieron para fijar una mirada en torno.

Al ver aquellos hombres que la cercaban, la infeliz jóven los volvió á cerrar creyéndose presa de un sueño.

Pero ¡ay! que su infortunio era una triste realidad!

Abandonada por sus servidoras, sola con su inocente hijo, acusada de cristiana y condenada por un edicto de los emperadores Diocleciano y Maximiano, escuchó la orden de ser conducida á la ciudad, que pocas horas antes y con tanto sigilo habia abandonado.

Julita tuvo un instante de indecible angustia, deagonia terrible.

Era una débil y tierna criatura, y la idea de la prision y de la muerte era demasiado espantosa para aquel tímido corazon.

Pero pasado el primer momento, alzó sus ojos al cielo, estrechó á su hijo contra el seno, y emprendió su marcha entre los soldados del emperador.

(Continuara).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VARIEDADES.

EL MONTE DE PIO IX.

Una asociacion católica ha comprado en Saboya y en el valle de Aosta, una montaña de los Alpes, de unos 32.000 piés de elevacion, que guarda alguna semejanza por su extructura con los mas elevados picos de nuestro Monserrat; está como atalaya ó centinela en el centro de otras montañas de menos elevacion, y presenta un aspecto imponente. Los que han comprado esta montaña, no la han comprado para sí, la han comprado para la Europa, para el mundo entero, para la historia, para la Iglesia; la han bautizado con un nombre grande, bello y encantador, que hace latir el corazon con entusiasmo: se llamará la montaña de Pio IX; y en su cima se construirá un suntuoso monumento, digno recuerdo de Pio IX, de sus glorias, de sus penas, de sus triunfos, de su pontificado.

Este monumento consistirá en una rotunda coronada de una estatua colosal de la Virgen Inmaculada, en la cual se podrá celebrar el Santo Sacrificio, y llevará esta inscripcion: «Á la Madre de Dios, proclamada Inmaculada por Pio IX, »Papa infalible, el universo católico.» Con este objeto se ha abierto una suscripcion universal, á la cual son invitados todos los católicos, para que tengan á bien escribir sus nombres y sus donativos en las listas que se remiten, las cuales, coleccionándolas todas, serán colocadas bajo los piés de la Santísima Virgen en dicha rotunda. Todo ofrecimiento será aceptado, aunque sea de solos cinco céntimos por firma; no habrá católico sincero que al oír hablar de esta obra, no quiera que su parroquia, su comunidad ó familia no esté representada en esta demostracion universal, que es á la vez una manifestacion de sumision, confianza y amor á la madre de Dios, reina inmaculada del universo todo: una reparacion de los crímenes de que la sociedad se ha hecho culpable para con el Pontífice infalible, vicario de Jesucristo, y un acto de fé á los dos dogmas arriba mencionados.

Todo corazon adicto á la Iglesia debe querer que su nombre se halle unido al de tantos hijos de María y de Pio IX, en aquel santuario universal, símbolo de aquella union y caridad que reina en la gran familia católica, de la cual el Papa es el padre comun.

La comision central está en Aosta; hay dos sucursales generales, la una en Paris para el Occidente, y la otra en Turin para el Oriente, á las cuales están unidos otros centros de suscripcion que se han establecido en las naciones.

En España está encargado de ella el presbítero D. José María Escolá, de Lérida, y á él deben dirigirse los que gusten cooperar á tan piadosa obra, pidiéndole las listas que crean necesarias, y devolviéndoselas despues de llenas.

Los suscritores por cuatro reales recibirán como regalo la descripcion del Monumento; y los suscritores por doce reales la obrita *La Estrella de progreso*, que se está imprimiendo, y versa sobre el monte de Pio IX.

ADVERTENCIAS.

Como verán nuestros suscritores, LA MADRE DE FAMILIA empieza á publicarse con mayor regularidad, puesto que en menos de un mes hemos repartido seis números, debido á que el periódico cuenta ya con imprenta propia.

Por lo tanto, rogamos á los señores que se hallan en descubierto, tengan la bondad de abonar las mensualidades vencidas, y de renovar la suscripcion, si quieren continuar recibiendo la Revista, pues su cortísimo precio les hará fácil el pago, y donde no haya letras del giro mútuo, pueden remitirlo en sellos de diez céntimos.

Quedando pocos ejemplares de las obras que á continuacion anunciamos, y siendo preferidos para adquirirlas los señores suscritores á LA MADRE DE FAMILIA, les advertimos, que la rebaja hecha á estos, durará solo hasta el 30 de Mayo, pues desde ese día en adelante volverán á tomar su anterior precio de 160 rs.

OBRAS COMPLETAS

DE

D.^a ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

3.^a EDICION.

Todas las producciones que componen la coleccion forman cuatro tomos en folio, con mil columnas de texto cada uno, y treinta grabados (entre los cuales figura el retrato de la Autora, hecho en fotografia), conteniendo en ellos las novelas siguientes:

TOMO I. *Lágrimas del corazon.*—*Consuelo.*—*La paloma de los Cielos.*—*La mision de una madre.*—*El noble y el mendigo.*—*Delirios de la ambicion.*

TOMO II. *Buena hija y buena esposa.*—*La Flor del Valle.*—*El Lucero de la tarde.*—*Magdalena.*—*Culpa y perdon.*

TOMO III. *Guirnalda de la niñez.*—*El sueño de un ángel.*—*Cecilia.*—*Juicios de Dios.*—*Una palabra perdida.*—*Luz y tinieblas.*—*La Lira cristiana*, coleccion de poesías religiosas.—*El ramo de Violetas*, id.—*Perlas y lágrimas*, id.

TOMO IV. *Juan, hermano de los pobres*, novela histórica y religiosa.

Los señores que sean suscritores al periódico LA MADRE DE FAMILIA y quieran adquirir la coleccion de estas obras, pueden hacerlo muy fácilmente, pues hemos buscado el modo de que las obtengan de una vez, y sin tener, sin embargo que dar su importe en el acto, haciéndoles, además la siguiente rebaja:

El precio de dichas obras es el de 160 rs.; pero para ellos solo será el de 120, y esto lo harán en un año, ó sea desembolsando 10 rs. mensuales, y en el acto de hacer la suscripcion se les remitirán los cuatro tomos á domicilio, y si es fuera de esta capital los recibirán francos de porte.

GRANADA.—IMPRENTA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO.